

ADAM BLADE

Busca Fieras[®]



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

 DESTINO

CRETA
EL TERROR ALADO

CRETA
EL TERROR
ALADO

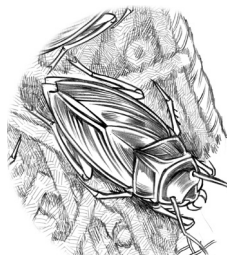


ADAM BLADE

 DESTINO

Un agradecimiento especial a Lucy Courtenay

A Joe Richardson-Suman



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
ininfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetalibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetalibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Creta, The Winged Terror*

© del texto: Working Partners Limited 2010
© de la ilustración de cubierta: Steve Sims 2009
© de las ilustraciones interiores: Steve Sims - Orchard Books 2010
© de la traducción: Macarena Salas, 2014
© Editorial Planeta S. A., 2013
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-84-08-13203-5
Depósito legal: B. 18.472-2014
Impreso por Liberdúplex, S. L.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

LA LLEGADA DEL ENJAMBRE



Tom se tumbó boca arriba y respiró satisfecho. Entrelazó los dedos y se puso las manos detrás de la cabeza para mirar al cielo. Las estrellas brillaban como diamantes en la oscura noche aterciopelada, y la suave luz de la media luna iluminaba la ladera de la montaña. Desde ahí, Tom podía divisar todo el reino de Avantia, que se extendía con un bri-

llo plateado. Tenía el estómago lleno y había descansado.

«Avantia está a salvo del peligro de las Fieras —pensó—. Y lo mejor de todo: estoy de acampada en las montañas con mi padre.»

Taladón, el Maestro de las Fieras de Avantia, había sido prisionero de Malvel hasta que Tom consiguió rescatarlo. Ahora dormía bajo el brillo anaranjado de la hoguera con una expresión de calma en su rostro curtido. El muchacho intentó imaginar lo que había debido de sufrir su padre atrapado en la magia oscura mientras él crecía.

Se limpió la frente; era una noche húmeda. Se apartó la manta e intentó ponerse cómodo en el suelo de tierra. Sintió algo que le corría por la piel y le pegó un manotazo. «Qué mosquitos más pesados», pensó.

Tom estaba emocionado con su plan

para el día siguiente. Taladón lo iba a llevar a pescar a la costa oeste. Allí, en las profundidades del mar, vivía *Sepron*, la serpiente marina de Avantia y protectora de la costa. Se preguntó si él y su padre verían a la gran Fiera mientras pescaban caballas y truchas. Le daba la sensación de que había pasado mucho tiempo desde que había liberado a *Sepron* del maleficio de Malvel.

Una vez más, sintió algo que le corría por la piel. Se sentó y lo apartó irritado. La criatura se cayó de su brazo y aterrizó en el suelo.

—¡Puaj! —exclamó el chico, apartándose con cara de asco. Era una especie de cucaracha. Su caparazón negro brillaba como el aceite bajo la luz de la luna. Cuando abrió las alas, Tom vio un brillo plateado y notó un olor pútrido.

Observó al bicho que se alejaba volando y, de pronto, gritó sorprendido:

en el suelo había miles de insectos como ése, y algunos se le estaban subiendo encima. Las criaturas silenciosas avanzaban por la tierra compacta como si fueran una ola del mar. Algunas se subían al cuerpo del dormido Taladón, pisoteándolo con sus pequeñas patas. Al moverse emitían unos chasquidos suaves con las alas. Tom se puso de pie.

—Padre —llamó intentando mantener la calma—, ¡despierta!



Taladón abrió los ojos y bostezó. Cuando vio los insectos se incorporó inmediatamente y empezó a darles manotazos.

Las criaturas cayeron al suelo y el ruido de sus alas se hizo más fuerte.

—¿Qué son? —preguntó Tom con asco mientras las criaturas se movían entre sus pies.

Taladón cogió una que tenía en el hombro y la sujetó cuidadosamente con sus manos callosas.



—No lo sé —dijo confundido—. Nunca había visto algo así.

La criatura hizo un ruido con las alas mientras intentaba escabullirse. Tenía dos ojos claros que brillaban en su cuerpo acorazado.

—Deshazte de ella —dijo Tom intranquilo—. Tienen un aspecto de lo más diabólico.

Taladón soltó al bicho y éste cayó al suelo y se reunió con el resto del enjambre. Al otro lado de las brasas de la hoguera, *Tormenta* y *Rayo*, los caballos de Tom y de Taladón, movían la cabeza. Relinchaban y pateaban con los cascos para apartarse los bichos de las patas.

El ruido de los chasquidos de las alas de los insectos se hizo insoportable y, de pronto, empezaron a volar. Tom se agachó, protegiéndose la cabeza mientras las criaturas se acercaban a su pelo. En-

tonces, desaparecieron tan rápido como habían llegado.

—Menos mal —dijo Taladón.

Había algo en esos insectos alados que preocupaba a Tom. Se acercó a *Tormenta* y a *Rayo* para calmarlos. Los dos caballos se mantenían juntos y temblaban.

—Si el enjambre intenta volver, el humo de la hoguera lo mantendrá alejado —dijo Taladón añadiendo leña seca a las brasas y soplando. Metió algunos trozos de madera verde para avivar las llamas.



Unas nubes grises se elevaron en el cielo nocturno. Tom entrecerró los ojos para observar bajo la luz de la luna, pero no había ni rastro de los insectos. Unos momentos más tarde, se sentó de nuevo cerca del fuego junto a su padre, que ya se estaba volviendo a quedar dormido. Observó somnoliento el humo. Le parecía que se movía, que adquiriría forma...

Abrió los ojos. En medio del humo vio la cara de su amiga Elena. Ella y su lobo, *Plata*, lo habían acompañado en sus Búsquedas. Su amiga parecía estar preocupada.

—¿Tom? —resonó la voz de Elena—. ¿Me ves?

—Estoy aquí, Elena —dijo Tom.

Taladón se sentó al oír la voz de su hijo. Ahora él también veía la cara en el humo.

—Me envía Marc para que te dé un mensaje importante. —La voz de Elena

sonaba preocupada—. En Avantia hay una especie de... plaga. Es difícil de describir, pero...

—¿De bichos? —preguntó Tom.

Elena parecía sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? —dijo—. Están por todo el castillo, y he oído que en el pueblo también han aparecido varios enjambres.

—Aquí también han llegado —dijo Tom—. Son horribles y tienen las alas negras y brillantes. Si ya han llegado hasta las montañas, quiere decir que se están extendiendo rápidamente.

—¡Sí! —dijo Elena—. Son asquerosos. No sé por qué...

La voz de Elena se apagó. Tom la entendía perfectamente. A pesar de que ya se habían enfrentado a Fieras inmensas y terroríficas, aquellas criaturas pequeñas y brillantes le resultaban de lo más siniestras.

—Por favor —dijo Elena—, necesitamos que tú y Taladón regreséis al castillo del rey Hugo cuanto antes. ¡El reino necesita vuestra ayuda!

Tom pensó en la costa oeste y en las cañas de pescar que estaban en las alforjas de *Tormenta* y de *Rayo*. Se quitó la idea de la cabeza y a continuación asintió con firmeza.

—Nos pondremos en camino con la primera luz del día —prometió.

La cara de Elena desapareció en el humo. Taladón le puso una mano en el hombro a Tom.

—Avantia nos necesita otra vez —le dijo.

El muchacho asintió.

—Tendremos que hacer esa excursión en otro momento.

Cuando los primeros rayos del sol se asomaron sobre las cimas de las montañas, Tom y Taladón ensillaron a sus ca-

ballos y salieron galopando por la ladera de la montaña hacia el castillo del rey Hugo.

«Nos enfrentaremos a cualquier amenaza —pensó Tom—. Con mi padre a mi lado, somos invencibles.»